

EL IDEAL

PERIÓDICO LITERARIO Y DE SPORT

Año I

Valparaíso, Jueves 27 de Mayo de 1897

Núm. 6

EL IDEAL

PERIÓDICO SEMANAL

SUSCRICION

Suscripcion hasta el 1.º de Junio..... \$ 0 30

ADVERTENCIA

Toda correspondencia relacionada con la publicacion, debe ser dirigida al

EDITOR DE EL IDEAL.
Buenos Aires, N.º 7.

EL IDEAL

Valparaíso, Mayo 27 de 1897.

ADVERTENCIA

Por tener que ausentarse de Valparaíso el Editor de EL IDEAL, se suspende la publicacion hasta el primer jueves de Julio, en que aparecerá nuevamente en mejores condiciones que actualmente.

DORA

La belleza de Dora era admirable.

Nacida en el agreste valle de H..., donde los campos de doradas espigas alternan con verdes selvas e inmensas sabanas de florecillas silvestres, todo su ser participaba de los delicados encantos que la rodeaban en esa naturaleza fecunda y exhuberante.

Y en las cálidas tardes de estío cuando los corpulentos árboles destilaban el pólen jenerador sobre las plantas trepadoras entrelazadas a sus rugosos troncos, Dora se acogía al amoroso abrigo de los pensiles sombríos. Ella conocía rincones ignorados. Buscaba con especial afán los rosales cuyo perfume la sumía en ensueños extraños y fantásticos.....

...Ciudad populosa... Mansion elegante...

Carruaje arrastrado por corceles fogosos ricamente enjaezados... Oro... Pedrerías... Caprichos orientales... Goces desconocidos...

Despertaba. Decepcion! Su traje era humilde, su origen oscuro, su pobreza extrema. Las vaporosas ilusiones se alejaban. Quedaba la realidad amarga y desconsoladora.

Al fin se rebeló contra el destino. Quiso rasgar el velo misterioso que le ocultaba los arcanos del mundo. Partió en busca de sus locas fantasías.

*
* *

Y Dora fué la reina del amor. Tenía una corte brillante de adoradores infatigables: banqueros, rentistas, herederos opulentos.

Sus caricias se cotizaban a elevado precio. No se prodigaba sino a los predilectos de su eleccion. Era ambrosía destinada a paladares escogidos.

Su prodigalidad era estravagante. Derrochaba el dinero a manos llenas. Individualizaba a una Friné mimada por la fortuna.

Sin embargo no era feliz. A pesar de las bacanales sin fin en que embriagaba sus sentidos con los vapores del Champagne y las lisonjas de los magnates del oro, con frecuencia se sentía turbada con reminiscencias de su niñez. Los ficticios placeres que proporciona el vicio no ahogan por completo la voz de la conciencia.

*
* *

Invierno! Desesperacion de los miserables que carecen de pan, que cubren con harapos sus carnes ateridas. Se desarrollan dramas sombríos, tétricos en los suburbios de las grandes ciudades; pero sus actores son seres anónimos, párias despreciados por la sociedad.

La noche es oscura. La lluvia cae copiosa. La luz de un relámpago permite ver en el fondo de un foso un cuerpo humano que se revuelca en el fango. Es Dora, Dora que ha perdido sus joyas valiosísimas, su lujo de princesa, su hermosura de odalisca.

Recorrió toda la escala descendiente del vicio.

La herencia que le resta es el hambre y los

remordimientos. Despues... la muerte en un
lodazal...

Es la eterna comedia de la vida.

ROSA DE ANTONY.

RECETA

para asegurar la constancia de las mujeres

Tómese diez mil pesos bien contados,
Y en un taller de modas derretidos
Arrójense seis libras de advertidos
Mezclados con aceite de cuidados.
Échese precauciones por todos lados,
Y polvos de malicia bien surtidos;
Dos onzas de regaños bien molidos;
De llaves de puertas tres puñados.
Póngase todo a fuego de costura
Y cúbrase la casa con regalos,
Y si quedase floja esta tintura,
Revuélvase a menudo con un palo.

ROMPE Y RASGA.

CUANTA MUDANZA...

EN UN RATO.

HISTÓRICO

(Conclusion)

Al salir, noto que llevo la patilla demasiado
crecida; saco el reloj; aun hai tiempo para
hacerme afeitar. Me dirijo a una peluquería...
El maestro está desocupado.

¡Oh! me digo, hoi parece que me protejen
las Mascotas; todo me sale bien!...

—Maestrito, afeíteme usted a la minuta.

—Cómo quiere que le afeite?

—Fuera todo pelo que no sea del bigote
(no esceptúe los ojos, que los tengo bien pela-
dos).

—Pero es una lástima quitar esta pera.

—No importa; sírvame pronto.

Un momento... y empieza a palidecer mi es-
trella. El bribon de barbero emplea en la ope-
racion una especie de serrucho... luego me
pregunta:

—Ha visto usted el bitascopio?

—Nó.

—Pues vaya usted a verlo al Odeon; es una
cosa maravillosa.

—Bueno, pero dese usted prisa.

—La navaja está un poco áspera, la asenta-
remos...

Y el mui imbécil emplea cinco minutos en
hacerle mas dientes al serrucho en un pedazo
de ordinario molejon.

—Por favor, maestro, apúrese usted.

—Yo ví anoche dos negros comiendo me-
lon.

—Bueno; pero rape, rape.

—Qué! Quiere que raspe la cáscara?

—Qué cáscara!... rape usted la cara, hom-
brel

—Tambien ví un tranvía eléctrico... y apro-
posito, ¿sabe usted quién descubrió la electri-
cidad?

—Nó.

—Fué un artesano, un peluquero de Carlo
Magno.

—Lo celebro.

—Ví tambien en el bitascopio una carga de
caballería...

Creí prudente no contestarle, y mi verdugo
se ocupó otros cinco minutos en afilar el serru-
cho, luego siguió martirizándome la cara y la
paciencia.

—Dos enamorados que se dan de besos, es
cuadro mui bonito del bitascopio...

—Bueno; no me diga mas y dese prisa; esta
noche iré al Odeon.

—Ví tambien el desfile de un batallon de
infantería... Pero ¿quien iba a pensar que un
artesano llegaria a ser tan industrial, ¿no?...
Ud. no sabe quién inventó el bitascopio? ¿Nó?
Los chilenos no leen, no se instruyen.

Yo no le contestaba creyendo que el imbé-
cil callaria, pero inútilmente; continuaba en
sus trece dándome dos o tres serruchadas,
afilando el serrucho e importunándome a mas
y mejor.

—Un artesano llamado Edison fué el que
sacó esta industria; era zapatero y todo lo que
ganaba lo compraba en libros de industrias; la
pólvora tambien la descubrió él.

—Bueno, maestro; pero por Dios, despáche-
me luego...

Me da dos serruchadas mas, ocupa otros
cinco minutos en afilar el serrucho y continúa
el suplicio.

—Usted se ha puesto zapatos con remien-
dos invisibles?

—Nó, maestro...

La sangre hervia en mis venas y a no haber

sido tan tarde me habria ido a medio afeitar a otra parte.

—Edison fué quien descubrió los parches invisibles cuando era zapatero.

Yo sentia hambre de darle una bofetada en el hocico al bribon de barbero para que dejara de disparatar, pero me contenia la vista del serrucho, y ademas el trabajo—digo mi suplicio—estaba por concluir... El continuó:

—Los franceses leemos mucho; yo soi francés pero solo por la bandera: yo soi *corso*... ¿Sabe usted dónde es Córcega?... ¿no? La nacion de Córcega fué uno de los reinos mas grandes en tiempo de Faraon. Y Confucio?... ¿Sabe usted quién fué Confucio?... Nó, tampoco?... Fué un jeneral prusiano que llegó a ser presidente de Francia y que conquistó a Córcega; desde entonces nosotros tenemos la misma bandera pero aborrecemos por instinto a los franceses y quisiéramos matarlos a todos...

Aquí el mui bruto me da un feroz tajo en la garganta.

—¡Qué hace usted, animal!—grito desesperado—¿me toma usted por francés?...

—Espere usted, si no lo he cortado; ha sido una quebradura de pelo.

—Tambien te burlas, canalla!—esclamo fuera de mí; intento darle de bofetadas... me faltan las fuerzas y caigo desmayado en el sillón de mi sacrificio... Cuando vuelvo en mí el verdugo me habia vendado convenientemente la herida y atado un pañuelo de narices a mi cuello, Senti deseos de vengarme, y si no lo hice no fué por falta de *valor* sino por *miedo* de que el mui bestia me diera otro tajo.

Le dí las gracias por haberme perdonado la vida y me dirijí a casa a buscar un pañuelo grande con que amarrarme el cuello.

Martina estaria desesperada; la hora se habia pasado, pero no importaba; iria a explicar-le lo que me pasaba e iríamos siempre al teatro...

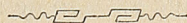
Llegué a casa y cuál no seria mi sorpresa al mirarme en el espejo y contemplar mi corbata nueva, mi camisa, mi ropa toda bañada en sangre!

No pude salir. me eché a la cama, tomé un revólver,—queria suicidarme,—e iba ya a dispararme un tiro, cuando pensé que una herida de bala debe ser mas dolorosa que la de un serrucho barbero; arrojé el arma suicida... y me quedé dormido...

Lectores: cuando tengais que llevar a vuestras *peor es nada* al teatro, no os hagais afeitar

por ese maldito e imbécil verdugo corso que trabaja... en otra ocasion os lo diré.....

ANDRESILLO PICA FUERTE.



MOCHUELO

(A mi amigo C. A. S.)

(Continuacion)

¿Callásteis? Continúo.

Salvo una pequeña dosis de pretensiones, es excelente.

Carambolista, ciclista, foot-ballista, etc., etc., siempre es el primero en... perder.

Y donde ustedes lo ven...

Eso digo yo: ¿dónde ustedes lo ven?

Pero dejaré interrogaciones para segunda hora.

Hoi tiene una idea que sobrepuja a todas las que antes se forjaron en la fragua *inanimada* de su mente: quiere ser escritor!

En dias pasados se me atraviesa en el camino y me lanza a boca de jarro esta exclamacion, precedida por la mefistofélica tos *carrasépica* que le orijinaliza:

—Al fin tenemos un órgano buenol

Quedé pensando en la verosimilitud de lo dicho por mi amigo y no comprendiéndole replique:

—Calma, Mochuelo! Yo he tenido, tengo y creo que tendré siempre mis órganos todos en perfecto estado!...

(Continuará)



Enfermo de Profesion

FOLLETIN

(Conclusion)

—De una pulmonia no lo dudo.

—¡Cómo!

—¡Como que viene usted en calzoncillos!

Y la cordobesa soltó una carcajada, mientras Carlos exclamaba:

—¡Oh, sí... una pulmonial... quiero evitarla!...

Y sin saber lo que hacia, saltó al lecho que ocupaba la cordobesa, cubriéndose con la ropa hasta la cabeza.

Aquella dió un grito.

En aquel momento regresaba don Laureano a su casa, y entró en la alcoba.

El grito lanzado por su mujer le previno de que allí pasaba algo, y sacó un revólver, que no le abandonaba de noche.

Pero al ver que al lado de su conjunta persona habia un hombre, creyó volverse loco.

—¡Qué escándalo!—gritó fuera de sí,—¡Qué desvergüenza!... aquí los dos, escupiendo sobre mi honra!...

Carlos repuso:

—Se trata de evitar una pulmonía...

—¡Y es él... ¡Pelma!...

—No me insulte usted, doctor...

—¡Laureano!—exclamaba su mujer, no sabiendo qué partido seguir, si abandonar el lecho, o seguir en él.

—¡Oh!... vuestra sangre lavará la ofensa!...

Y el doctor apuntó con el revólver.

—¡No sea usted animal!—gritaba Carlos, cubriéndose con las sábanas, como si esto fuese capaz de detener una bala.

El tiro salió produciendo una fuerte denotación sin que por fortuna hubiese *desgracias personales* que lamentar.

La denotación alarmó a todo el balneario; la jente acudia por galerias y corredores, creyendo que se libraba una verdadera batalla.

Algunos hablaban de anarquistas, y de un cartucho de dinamita.

Hubo sustos, desmayos y carreras.

Todos corrian hacia la habitacion del médico que fué donde resonaron los tiros.

La escena que se representaba, en medio de no ser conocida para los que habian acudido, tenia su parte grotesca.

Carlos, en paños menores, luchaba a brazo partido con don Laureano; la cordobesa gritaba tratando de separarlos.

—¡Volveré por mi honra! gritaba el médico.

—¡Le hago a usted responsable de una pulmonía! contestaba Pelma.

Y los asistentes se preguntaban:

—¿Pero qué tienen que ver las pulmonías con la honra?... ¿Y por qué la mujer del médico y ese caballero Pelma están medios desnudos?

Tuvo que intervenir la guardia civil; mediaron esplicaciones, y como era consiguiente, hecha la luz, todo se puso en claro.

Carlos dió sus excusas a don Laureano, suplicando a la andaluza que le perdonara.

—¡Usted ha tenido la culpa de todo!—esclamaba— si no hubiera pronunciado la palabra *pulmonía*...

Ello es que a Pelma se le cortó el cólico, pero desarrollándosele unas tifoideas que le tuvieron cerca de un mes entre la vida y la muerte.

Cuando entró en convalecencia parecia un cadáver.

Por fin recobró la salud, gracias a su resistencia y pudo pensar en su regreso a Madrid, pues ya habia empezado a nevar en las montañas de Jaca.

Pelma pidió la cuenta.

Solo la asistencia facultativa de don Laureano, con los gastos de botica subia a mil quinientas pesetas; despues el gasto de estancia y manutencion; luego hacia mencion, en una partida adicional, de diez mil reales como indemnizacion al dueño del balneario de daños y perjuicios ocasionados por Pelma.

—¿Qué perjuicios y qué daños son éstos? preguntó en el colmo de la admiracion.

—¡Ah! ¿No sabe usted lo que pasó despues de aquella noche?

—Que yo estuve a las puertas de la muerte: ¿he de indemnizar por eso?

—Sí, señor, toda vez que al día siguiente quedó el balneario vacío por alteracion del orden público, los viajeros y bañistas aseguraron que darian publicidad del escándalo por medio de la prensa, haciendo constar que aquí, en vez de curar el pulmon con la virtud de las aguas, viene uno espuesto a que le atraviesen de un balazo, lo cual es mui distinto. ¿No es justo que yo cobre aquella ausencia de viajeros?

—¡Tambien se ahorraria usted su manutencion!

—Pero es que esas economías son perjudiciales en los establecimientos de esta clase: cuando no se gasta no se gana.

En fin, hubo una rebaja en aquel *imprevisto*, pero Pelma tuvo que pagar algo menos de lo que hubiera costado dar la vuelta al mundo.

Sus amigos le perdieron de vista una temporada.

Seguramente la emplearia en hacer estudios sobre la medicina casera buscando la relacion que debe existir entre las pulmonías y las mujeres que han nacido en Córdoba.

Posteriormente se supo que Carlos Pelma murió en un departamento de 1.ª clase del ferrocarril del Norte, por temor a un descarrilamiento o a un choque probable.

PEDRO ESCAMILLA.